

(Nº 49.)

A Maria.

"Mater amabilis"

Reyna del cielo, Madre amorosa,
Fuente segura, faro inmortal,
Yo te suplico des carinosa
Hoy di mi nimen lux celestial.

Siento en mi mente que arde, Señora,
Llama que inspira dulce cantar;
Dame pues madre, la voz sonora
Conque tu gloria pueda ensalzar.

Lleno de gozo pulso la lira
Virgen amada solo por tí;
Vierte piadosa todo el que inspira
Fuego sagrado hoy sobre mí.

Deja que cante, pobre poeta,
Túel hijo tuyo, tu inmenso amor;
No olvides, Madre, que esto completa
Toda la dicha de un pecador.

Sobre mi frente vierte Maria,
De lux divina rayo veloz;
En mi san solo, hoy Madre mia,
Taja tus ojos, oye mi voz...



De arcángeles cercada, radiante de hermosura
Contemplo embelesado tu rostro celestial
Calmar con su sonrisa del hombre la amargura,
Que gime acongojado en cárcel terrenal.

Benéfica en tu manto cobijas carinosa
Al pobre como al rico que imploran compasión,
Y acojes y concedes la súplica amorosa,
Que a ti ferviente eleva un puro corazón.

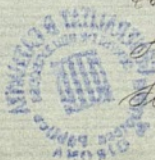
Sentada en rico trono por ángeles tenido
Recibes a los fieles que a ti sumisos van;
Inunca, Madre mía, jamás has desoido
A aquellos que a tus plantas pidiendo amparo están.

Tú reynas en el cielo potente soberana
Y allá toda tu corte rendirte culto ves;
El sol en ti se fija, la luna te engalana
Y surven las estrellas de alfombras a tus pies.

Tu dulce voz sujeta la mar embravecida,
Los fuertes vendabales, la ríeiva tempestad
Y tú cambias el rayo, en su veloz caída,
En luz que al mundo ofrece intensa claridad.

Cruzando tú el espacio en alas del cariño
Desciendes a este suelo y calmas el dolor;
Que fuera en él del hombre, si ya desde muy niño,
Sentir ¡ay! no pudiera los gozes de tu amor!

Semilla sepultada en campo sin rocío,
Estéril ser que en vano intenta producir;
Flor bella que nacida en páramo sombrío
Sus hojas marchitaran los auros del sufrir.



Tú das puro consuelo, concedes la esperanza,
Tú es bálsamo del alma, alivio celestial;
Tú sembras por do quiera la dicha y bienandanza,
Tú el dulce apoyo eres del misero mortal.

¡Y aun hay quien no te implore!; ¡Y hay quien en propia mengua
De ti sus torpes ojos aparte pecador!

¡Y hay quien empañar quiere con su maldita lengua
Tu gloria inmaculada, Oh! Madre del Señor.

Venid, venid vosotros, que en nécio escepticismo
Enredados mil veces dudais lo que se ve;
Venid, los que los ojos cerrais sobre el abismo
A todas las creencias impuestas por la fé.

Mirad ahora á Maria; vereis que siempre fijos
Sus ojos de la tierra no quiere separar
Vereis como suspira al ver ingratos hijos,
Vereis cual vuestras culpas acrecen su pesar.

Si os muere de esta Madre la pena y el tormento,
Si de alma os queda un resto y os late el corazon
Doblad vuestra rodilla, impíos, al momento
Y diendo arrepentidos, humildes su perdon.

Entonces prosternados, cual yo que en todo creo,
En ella hallareis siempre la madre del amor;
La Virgen sacrosanta que cifra su deseo
En ser el fuerte escudo del triste pecador.

asi tan solo puede llegar al alto cielo
Do moran tantos justos henchidos de placer,
El hijo que sumiso la implore en este suelo,
Y espere allí á Maria, su madre conocer.

Cristiana yo y creyente, anhelo aquel instante,
Tidiendo con fe para te dignes escuchar
La suplica ferviente, que a Reyna torn amante,
El mas humilde siervo atrevase a elevar.

Concede; Madre mia! al alma que te implora,
El dia que del cuerpo despréndase fugax,
Que rápida y sin mancha a ti vuelle, Señora,
Y al lado tuyo goce, de eterna dicha y paz.